

## La Ciudad

La relación de Thomas Mann con la política es compulsiva, como, en general, lo son sus vínculos con el mundo. Su fantasía de aislamiento y soledad, acaso un resabio de la aristocrática posición perdida por los suyos en la decadencia de Lübeck, le hacían ver el mundo de los problemas cívicos como un estorbo. Se advierte en sus diarios por la innúmera anotación de eventos políticos y bélicos que va comentando. Oh, qué aburrimiento, otra vez el mundo molestándome y no dejándome tranquilo con mis papeles en blanco.

Con todo, nunca se manifestó indiferente ni apolítico, aun cuando escribió sus textos de guerra (1915 y 1917), donde defendió la posición alemana como lucha por la nobleza de la cultura contra el parlamentarismo democrático francés. Esos textos, no obstante su declarado antipoliticismo, son profundamente políticos. Luego, conocemos su toma de partido por la república, contra el nazismo y a favor de personajes concretos como Roosevelt y Churchill (en la segunda guerra mundial), Wallace, Stevenson y Mendès-France (en la posguerra), y su admiración por el Pandit Nehru, a quien consideraba «el mejor y más sabio hombre de Estado de la época». Siempre fascinado por ese tercer mundo que sintetizara las oposiciones políticas, vio en Nehru el intento de aproximar a Occidente y Oriente en el escenario de la India. Quizá pensara en Alemania, también distinta entre contrarios, y en su canciller milagroso, Konrad Adenauer, que no le gustaba nada porque resucitó el culto al triunfo y al caudillismo germánicos, al tiempo que alentaba el proyecto de una tercera guerra mundial del presidente norteamericano Harry Truman.

Mann fue en su juventud francamente antiliberal e integrista. La primera guerra le produjo una crisis traumática, pues advirtió que los alemanes destruían en ella a la Alemania de sus primeros tiempos. En 1916 empezó a mirar con simpatía al inconsecuente y débil liberalismo alemán. En 1917, la cercana derrota le obligó a traducir su visión del país: Alemania debía ser la parte sabia y noble de una humanidad plural y pacífica, organizada en república mundial.

En rigor, su sentimiento político de fondo fue su distancia ante la burguesía próspera y rampante de la Alemania guillermina. Primero, como artista; luego, como humanista simpatizante del socialismo democrático y censor de la convivencia burguesa con el nazismo. Quería una Alemania universal (*Weltdeutschtum*), europeizada, que evitase «alemanizar a Europa». En esto como en todo, lo entusiasmaba la utopía: un camino de centro entre una democracia social y un comunismo democrático. «Los comunis-

tas con su amoralismo infantil son imposibles, pero no puedo creer tampoco en el futuro de un capitalismo tardío, prejuicioso mundo del beneficio... Soy hombre de la libertad, no soy comunista».

Más al fondo, su exilio, que realizó su fantasía de romántico vagabundaje y perpetua extranjería, lo alineó con los excluidos. Hitler lo trató como a un judío, como a un no-alemán, y este tratamiento lo separó para siempre, y traumáticamente, de Alemania. Desde luego, la Alemania íntima seguía con él y el conflicto se advierte en sus ambiguas relaciones con Wagner y Nietzsche, dos figuras aprovechadas por la propaganza nazi. No tenía, en cambio, contradicciones con Goethe, el alemán universal, porque lo admiraba desde fuera. En esto, era más alemán de lo que le hubiese gustado ser. Su tendencia a la incertidumbre, a cuestionar su propia naturaleza, a la autoacusación, son tópicos del espíritu alemán. La decisión final de morir y ser enterrado en Suiza es una declaración de principios, paradójicamente puesta al término de la historia.

### **Páginas en blanco**

El arte, como siempre, le valió de compensación. Sus últimos tiempos, ensombrecidos por el macartismo, el retorno forzado a Europa, el suicidio de su hijo Klaus, su riesgosa operación de cáncer, la vejez y las tensiones de la guerra fría, no lo incitaron a expresarse en plan patético. Su visión de los amores tardíos es amable y de elegante melancolía en *La engañada*, y su *scherzo* último, *Las confesiones del estafador Félix Krull*, es francamente divertido. La muerte interrumpió unos vacilantes esbozos, que no dejan de ser sugestivos.

Para salir del «panerótico amoralismo de Krull», que tan bien fue recibido por el público alemán, retomó un viejo proyecto, del que hay noticias, al menos, en 1923, por un reportaje de Andrés Revesz durante una visita a España: una novela sobre Erasmo, Lutero y Felipe II, una búsqueda retrospectiva del eterno tercer mundo entre catolicismo y Reforma protestante.

Dominaba el esquicio un humor festivo y con rebaba irónica, una suerte de comedia histórica, a veces concebida como pieza teatral. «Cuando algo nos mueve a risa, no es sólo risible» anota el 17.1.1951. Poco sabemos de lo que estaba tramando el escritor, pero sin duda su visión de Lutero viene del romanticismo (Schopenhauer, Kierkegaard): el héroe que busca su camino en la dificultad, el héroe de la adversidad, tan alemán, a su manera. Lutero, en otro sentido, es la segunda encarnación de Naphta, un antepasado del comunismo, que concibe el Estado como una Unión Cristiana

secularizada, sin terror religioso. Pesimista en cuanto a la naturaleza humana, el reformador emprende una monstruosa guerra mundial contra el mal. Tema demasiado tremendo como para que el octogenario escritor lo tomara con el condigno tremendismo. De ahí su visión cómica del asunto. La última guerra interior de Thomas Mann debía ser una guerra de salón, pero la muerte nos ha dejado sin espectáculo, como suele ocurrir.

## Opus 111

Sus ochenta años fueron celebrados con gran pompa y el viejo niño mimado se sintió, de nuevo, digno de un trato principesco. Y, como siempre, el romántico tardío que se defendía irónicamente del sentimentalismo, comentaba: «Curioso, curioso. Qué rareza la vida» (30.6.1955).

Una complicación esclerótica, la primera que se le presentaba, lo obligó a internarse en el Kantonospital de Zurich. Llevó sus diarios hasta el 29 de julio de 1955 y murió, adormecido por la morfina, el 12 de agosto. Le adjudicaron la habitación 111. El opus 111 de Beethoven, largamente comentado en *Doktor Faustus*, es la sonata donde aparece la disonancia diabólica. ¿Ocurrió en aquella final habitación el encuentro del Mago moribundo con el eterno Seductor? La muerte es la mayor disonancia o, quizá, la armonía radical del silencio. De todos modos, nos hemos perdido también esta escena decisiva.

## Bibliografía

- FERTIG, Ludwig: *Vor-Leben. Bekenntnis und Erziehung bei Thomas Mann*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1994.
- FEST, Joachim: *Die unwissende Magier. Über Thomas und Heinrich Mann*, Corso, Berlin, 1985.
- LÜHE, Irmela von der: *Erika Mann. Eine Biographie*, Fischer, Frankfurt, 1997.
- MANN, Erika: *Mein Vater, der Zauberer*, ed. Irmela von der Lühe y Uwe Naumann, Rowohlt, Hamburg, 1996.
- MANN, Thomas: *Tagebücher 1951-1952*, ed. Inge Jens, Fischer, Frankfurt, 1993.
- , *Tagebücher 1953-1955*, ed. Inge Jens, Fischer, Frankfurt, 1995.
- MANN-BORGESE, Elisabeth: *Die Meer-Frau*, Lamuv, Göttingen, 1993.
- PRATER, Donald: *Thomas Mann. A Biography*, Oxford University Press, 1995.
- RASCHINI, Maria Adelaide: *Thomas Mann e l'Europa. Religione umanità storia*, Marsilio, Venezia, 1994.
- WYSLING, Hans: *Ausgewählte Aufsätze 1963-1995*, ed. Thomas Sprecher y Cornelia Bernini, Vittorio Klostermann, Frankfurt, 1996.



Hombre (1974)